

A la creación llaman milagro

Justo cuando cambió el milenio, se pudo ver en televisión un programa especial de felicitación que se producía en el mundo entero. De todo lo que vi, me impresionó sobremanera una orquesta de jóvenes que nos felicitaba desde Venezuela con música al más alto nivel de ejecución. Parecía un milagro extraño, proveniente de un país que, si bien posee una música popular extraordinaria, no tenía ningún papel relevante en la música sinfónica.

Con el tiempo fuimos sabiendo que ese supuesto milagro no era tal, sino que obedecía a un plan estratégico ambicioso, al fruto de un arduo trabajo, a la persecución con ahínco de una idea donde los límites parecían encontrarse en lugares inalcanzables. Lo cierto es que ocurría, y que, para más perplejidad, era un proyecto imparable. Objetivo: ningún pueblo sin su coro y orquesta.

José Antonio Abreu fue quien propulsó la idea: comenzó con un pequeño equipo de profesores bien coordinados; buscaron a los niños en los lugares menos habituales, programaron un crecimiento escalonado, formaron orquestas desde la base... y, décadas después, los números y la calidad hablaron al mundo de un milagro social y musical. Pero no lo era, consistía en un acto superior de creación, producido por alguien que se salía del raíl habitual, sacaba la cabeza del tiesto y miraba de otra manera. “¿Por qué las cosas se tienen que hacer co-mo-siem-pre-se-han-he-cho?”, se preguntaba. No. Había otras maneras de actuar que podían desbloquear la situación angustiada en la que la educación musical llevaba sumida en los países latinos –y no tan latinos– La música, con su capacidad intrínseca para transmitir los más altos valores sociales (la solidaridad, la armonía y la capacidad para expresar sentimientos sublimes) tenía que ser reconocida como un elemento de desarrollo social en el más amplio sentido, y nada mejor que una orquesta –o mil- para conseguirlo. Abreu, hábil director, lo vio claro: “quien trabaja la orquesta empieza a vivir la práctica del equipo, del grupo que se reconoce a sí mismo, donde cada uno es responsable por los demás y los demás son responsables por uno. La orquesta siembra el sentido de armonía, orden y belleza”.

Es necesario que un sistema como éste, que no sólo cambia las vidas, sino que las salva, se proyecte en todo el mundo, y, sobre todo, que sea apoyado y puesto en práctica en nuestro país, donde tanta falta nos hace. Su potencial de cambio es tan grande que resulta anacrónico y mentecato no luchar por él.

Concluyo con la frase de Abreu que más me conmociona: “El arte fue inicialmente una cuestión de minorías para minorías, luego de minorías para mayorías, y nosotros estamos iniciando una nueva era en la que el arte es una empresa de mayorías para mayorías”.

Fernando Palacios